

bam
bú

Martín en el mundo de las cosas perdidas

Susana López Rubio



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2015, Susana López, por el texto
© 2015, Leire Salaberria, por todas las ilustraciones
© 2015, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-8343-395-9
Depósito legal: B-18232-2015
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Martín en el mundo de las cosas perdidas

Para mis padres

Martín era un experto en perder las cosas. Ya desde bebé, los chupetes y los sonajeros desaparecían de su cuna sin dejar rastro. Su colección de animales de la selva de plástico fue reduciéndose, y pasó de llenar un tambor de detergente vacío a caber dentro de una caja de zapatos. Durante su primer día en el cole, perdió el azul y el verde de su caja de lapiceros y tuvo que colorear el cielo de marrón y los cocodrilos de rosa. Una vez, hasta se las apañó para perder el balón de fútbol en medio de un partido con sus compañeros en clase de gimnasia. En definitiva, Martín perdía continuamente libros, ju-

guetes, el mando a distancia de la tele, las monedas para comprar chucherías en el recreo, e incluso las propias chucherías. Raro era el día en el que no volvía a casa del colegio sin un guante o una bufanda. Y sus calcetines siempre estaban desparejados.

Martín recordaba haber leído en alguna parte que las llaves de casa eran el objeto más perdido del mundo, y que cada persona pierde más o menos cinco cosas al mes. ¿Solo cinco? ¡Ojalá! En su caso, eran al menos veinte o treinta. Como siempre le decía su abuela, debería coserse las cosas a las manos.

A diferencia de muchos adultos, que le reñían por ser tan despistado o pensaban que era un desastre con patas, Martín consideraba esta particularidad algo tan propio de él como sus ojos azules o su timidez. Aunque eso no impedía que hubiera tardes, como aquella, en las que su don para perder cosas fuera un verdadero fastidio.

Martín vivía en un barrio dormitorio de una gran ciudad, lleno de edificios grises y grandes como colmenas. Esa tarde, el cielo estaba tan cargado de nubes negras que parecía que ya era de noche, a pesar de que cuando el autobús escolar le dejó en la esquina no pasaría de las cuatro de la tarde. Cuando la primera gota de lluvia le salpicó la nariz, se dio

cuenta de que había perdido el paraguas. Corrió hasta su portal calándose hasta los huesos, mientras un trueno retumbó sobre su cabeza. Llamó al timbre, pero su abuela no estaba en casa y su madre no salía de trabajar hasta la hora de cenar. No había problema: para eso tenía las llaves de casa, ¿no?

Un rato después, la abuela volvió a casa cargada de bolsas del supermercado y se encontró con Martín sentado en el escalón de la puerta, tan empapado como si se hubiera duchado vestido.

–Yaya, he perdido el paraguas.

–¿Otra vez?

–Y las llaves.

La abuela sabía que tenía que regañarle, pero el aspecto de gato mojado de su nieto le provocó una carcajada.

–Si es que eres un desastre, nene... ¡Tendrías que coserte las cosas a las manos!

Ya en casa, Martín se refugió en un grueso pijama y se puso una toalla a modo de turbante alrededor del pelo mojado. Martín vivía con su madre y su abuela en un piso pequeño en la quinta planta del edificio. Solo tenía un saloncito y dos habitaciones, pues con el sueldo de una azafata y la pensión de una jubilada no podían permitirse una casa mayor.

Martín compartía cuarto con la yaya. No le importaba, a pesar de que más de una vez se había pegado un buen susto al despertarse en mitad de la noche y ver la dentadura postiza de su abuela sonreírle desde dentro de un vaso de agua. De mayor esperaba conservar todos sus dientes porque, si usaba dentadura postiza, estaba seguro de que la perdería. Y entonces solo podría comer cosas blanditas como papillas y purés. ¡Puaj!

La madre de Martín llegó a casa a la hora de la cena y se desplomó en el sofá. Estaba tan agotada que no tenía fuerzas para quitarse el uniforme, y cenó vestida de azafata. La abuela había preparado sopa de letras, pero como ese día la madre había volado dos veces a Londres, una a Ámsterdam y otra a París, la acompañaron con pastas inglesas, queso holandés y foie gras francés que había comprado en las tiendas libres de impuestos de los aeropuertos. A Martín le encantaba que sus cenas fueran tan internacionales, pero le daba pena de que su madre solo conociera los aeropuertos de las ciudades, y no las ciudades en sí.



Mientras daban buena cuenta de la comida, la madre de Martín se volvió hacia él. Su madre hablaba poco, pero cada día siempre le hacía dos preguntas que, aunque para Martín eran un rollo, para ella eran importantes: «¿Qué has comido en el cole?» y «¿Ya has hecho los deberes?».

Martín contestó a la primera sin problemas (san Jacobo con patatas fritas), pero la segunda se le atragantó.

–No los he hecho. Es que necesito ayuda.

–¿De qué son?

–De escribir.

–¿Y qué os han mandado?

Martín carraspeó y sintió que la lengua le raspaba como una lija al pronunciar las frases.

–Una redacción sobre el trabajo de nuestros padres. Tenemos que leerla en voz alta y, la semana que viene, invitarlos a que vengan a clase.

Martín vio como el color desaparecía de las mejillas de su madre, y se arrepintió de haber abierto la boca. Siempre lo mismo. Cada vez que alguien mencionaba a su padre, su madre estaba unos segundos dolorida, como si le hubieran pegado una bofetada o hubiera bebido un sorbo de agua demasiado fría. Deseó que su profesora no hubiera tenido que jubilarse. La profesora nueva era bastante simpática, pero lle-

vaba muy poco tiempo y aún no sabía que él era el único niño de la clase sin padre. Su madre puso fin al silencio incómodo que había invadido la mesa.

–No te preocupes. No hace falta que hagas los deberes. Ya hablaré yo con tu profesora.

–Si no me importa. Es solo que necesito ayuda, porque... –insistió Martín.

Pero su madre zanjó el tema.

–Que no, cariño, que no los vas a hacer y punto.

La madre de Martín esquivó su mirada. Lo hacía mucho. Martín sabía que era porque tenía los ojos azules de su padre. Le dolía mirarle a los ojos mucho rato porque le recordaba a él. Martín pensaba que su madre también debía de pasarlo muy mal viendo todos los días el azul del cielo desde los aviones.

Martín quería explicarle que no le importaba hacer los deberes. Que no le dolía acordarse de su padre porque murió cuando él era muy pequeño y que, simplemente, no se acordaba de él. Quería explicar eso y más, pero se le enredó la lengua. En lugar de eso, escribió una palabrota con las letras de su sopa y se la comió.

Más tarde, Martín y la abuela se pusieron los pijamas y se acostaron. Martín aprovechó que ya habían apagado la luz, pero aún no se habían dormido, para

sincerarse. A oscuras, le costaba menos hablar de sus sentimientos.

–Yaya, ¿tú te acuerdas de cómo era papá?

–Claro, nene.

–Es que yo ya no me acuerdo de él.

La abuela suspiró. Cuando sus dientes estaban en el vaso de agua sus suspiros sonaban diferentes.

–¿No te acuerdas de nada?

Martín negó con la cabeza y luego pensó que la abuela no podía verlo negar con la cabeza a oscuras, así que tuvo que decirlo en voz alta.

–No.

La abuela volvió a suspirar.

–¡Vaya por Dios! Bueno, duérmete. –Y añadió un misterioso: «Mañana te doy una cosa.»

A la mañana siguiente, Martín se despertó y vio que la cama de la abuela estaba vacía. Martín no se extrañó. Los viernes, la abuela tenía la costumbre de hacer gimnasia matutina en el Centro para Mayores del barrio. Su madre tampoco estaba, la miniván de la compañía aérea venía a buscarla de madrugada.

Martín se duchó, se vistió, fantaseó con la posibilidad de no ir al colegio, pensó que sería una pena perderse el fútbol del recreo, se rindió y se preparó el desayuno. Por supuesto, por el camino perdió el tapón de la pasta de dientes, un botón del jersey y la cucharilla para remover el Cola Cao. No tenía remedio...

Martín estaba ocupado con el reto de arrancarse una legaña rebelde con una mano, mientras con la otra quitaba el papel a una madalena, cuando oyó que la abuela volvía de gimnasia.

–Tú y yo nos vamos al trastero –dijo la abuela, con su chándal rojo cereza a juego con sus mejillas encendidas por el ejercicio y el frío.

–¿Adónde? –preguntó Martín.

–A nuestro trastero. Cada piso tiene uno, en el sótano del edificio. Es como un armario, pero más grande.

Martín se quedó muy sorprendido al enterarse de la existencia de un trastero. Era un poco como descubrir de golpe que su casa tenía una habitación más.

–¿Tenemos un trastero? ¡Y yo sin enterarme! –protestó Martín.

–No te enfades, nene. Tu madre y yo llevamos años sin utilizarlo –contestó la abuela.

–¿Y qué hay en el trastero?

–Mastica rápido y lo verás. No quiero que pierdas el autobús del cole.

Intrigado por el brillo travieso en los ojos de su abuela, Martín engulló la madalena y se bebió el Cola Cao en dos tragos.

Martín y la abuela subieron al ascensor y bajaron al sótano del edificio. Allí, entre la puerta del

garaje y la del cuarto de contadores, había un pasillo estrecho y desangelado, plagado de puertas de chapa.

–Nuestro trastero es el último de todos –le informó la abuela.

Mientras se adentraban en el serpenteante pasillo, Martín tuvo la sensación de entrar en una gruta. Olía a humedad y había telarañas en las bombillas del techo. Empezó a ponerse nervioso, pero eran nervios de emoción, como en el momento en el que bajan la barra de seguridad al subir a un vagón de una montaña rusa. ¿Qué maravillas guardaría el trastero? Por un segundo, una idea loca cruzó por su cabeza. ¿Y si todos los objetos que había perdido a lo largo de los años no estaban perdidos, sino que su madre y su abuela los habían ido guardando en secreto en el trastero? Eso significaría que Martín no era un atolondrado sin remedio. Sin contar con que recuperaría cosas maravillosas como su coche teledirigido, o aquel gorro de lana tan calentito...

Por desgracia, sus expectativas se vinieron abajo en cuanto la abuela abrió la puerta del trastero. Efectivamente, el pequeño cuartito no era mucho más grande que un armario. El armario menos interesante del mundo, de hecho. Dentro solo había un par de montones de revistas amarillentas, una lámpara

rota, una maleta vieja y el antiguo sofá del salón. Martín no pudo contener su desilusión.

–¡Buah! –bufó.

La abuela lo ignoró y señaló la maleta.

–Mira lo que pone en la etiqueta, anda.

Martín hizo lo propio y leyó la etiqueta raída: «Propiedad de Antonio García».

–¿Esta maleta era de papá? –preguntó, con la boca abierta.

La abuela asintió.

–Tu padre era escritor de guías de viajes. Todo un trotamundos. Así conoció a tu madre, en un avión.

Martín miró la vieja maleta con un nuevo respeto. En un segundo, había pasado de ser un vulgar objeto a ser un trocito de su pasado.

–Yo pensaba que mamá había tirado todas las cosas de papá –dijo Martín.

La abuela volvió a asentir.

–Cuando murió, tu madre sufrió tanto que se deshizo de todo lo que le recordara a él. Pero yo guardé una cosa.

–¿La maleta?

–Y algo aún mejor. Ábrela.

Martín abrió la maleta con manos temblorosas. Dentro había un álbum de fotos con tapas de plástico marrón y, en la primera página, una foto de su

madre y su padre con un bebé en brazos. Martín notó un nudo en la garganta del tamaño de un hueso de albaricoque. Se esforzó para que no se le notaran las ganas de llorar. ¡Ni que siguiera siendo un bebé como en la foto!

A pesar de sus esfuerzos, Martín sintió que la abuela se había dado cuenta. Las abuelas son como los murciélagos. Tienen un radar interno que, en vez de para volar, les sirve para notar cuando sus nietos están al borde de las lágrimas. Pero su abuela no quiso avergonzarlo y, a pesar de haberse dado cuenta, Martín le agradeció que hiciera como que no.

–Son las únicas fotos que quedan de tu padre –le explicó la abuela.

Martín siguió pasando páginas. Su padre y su madre sacando la lengua en un fotomatón; Martín de bebé, en una silla alta y con cara de pocos amigos, con su padre tratando de darle de comer puré de verduras; Martín, con apenas tres añitos; con su padre en el zoo; posando junto a unas jirafas...

–Con este álbum, ya no podrás decir que no te acuerdas de él.

Martín le habría dado las gracias si el hueso de albaricoque de su garganta no hubiera crecido hasta convertirse en uno de melocotón.

–Martín, tienes que prometerme dos cosas. La primera es que no se lo enseñarás a tu madre, ni le dirás que te lo he dado. Los recuerdos le hacen más mal que bien. Lo comprendes, ¿verdad?

Martín asintió, lo comprendía.

–Y la segunda, que tendrás cuidado con el álbum. Que ya nos conocemos y a veces eres un despiste, nene.

De nuevo, Martín dijo que sí.

–Me lo coseré a las manos, yaya –prometió, aunque le temblara un poco la voz al decirlo.

La abuela sonrió y le revolvió el pelo.

–Y ahora, arreando, que vas a perder el autobús del colegio.

Martín y la abuela volvieron a casa con el tiempo justo para coger las cosas para el cole. Con el álbum de fotos en las manos, Martín tuvo que elegir entre dejarlo debajo de la almohada en su cama o llevarlo consigo. Tomar decisiones apresuradas nunca había sido su fuerte. En el fútbol, cuando estaba solo delante del portero y tenía que elegir hacia qué lado tirar, siempre elegía mal por los nervios. Por una parte, dejar el álbum en casa era lo más prudente. Aunque, por otra, las fotos podían hacer que la clase de lengua no fuera una pesadilla. Los otros niños traerían a sus padres, pero él podría

enseñarles las fotos y contarles que su padre había sido un trotamundos.

Dicho y hecho –o, más bien, pensado y hecho–. Martín se guardó el álbum en la mochila. Y así, tomó la decisión equivocada que cambiaría su destino.

bam
bú

+9

JÓVENES
LECTORES

Martín era un experto en perder cosas: lapiceros, balones, libros, juguetes, calcetines, paraguas, llaves y hasta las chucherías que más le gustaban. Su madre y su abuela ya estaban acostumbradas y se lo tomaban con paciencia y humor: «Si es que eres un desastre, nene... ¡Tendrías que coserte las cosas a las manos!» Martín no se preocupaba demasiado..., hasta el día que perdió su objeto más querido: el álbum de fotos de la familia, el único recuerdo en imágenes que conservaba de su papá. Tenía que encontrarlo a cualquier precio, pero ¿adónde van a parar las cosas que se pierden? Tras buscar sin éxito por todas partes, Martín decide emprender un viaje fantástico al mundo de las cosas perdidas, donde le esperan grandes amigos, monstruos terribles y una aventura inolvidable. Pero ¿encontrará su álbum?

AVENTURA + SOLIDARIDAD



9 788483 433959